

társelo uno de su COMER», que es la frase que hizo errar esta vez á los académicos, se puede decir que «cada burro tiene su ANDAR», ó que «los académicos tienen un DESATINAR muy continuo».

Porque realmente le tienen; por eso desatinan también en el siguiente artículo, dedicado al adjetivo COMERCIABLE, asegurando que «dícese de la persona sociable, afable y dulce en su trato». Mentira. ¡Qué se ha de decir!... Y más vale que no se diga. Pero, ¿se puede saber para qué hacen los académicos el Diccionario si no ha de servir para el uso? Es de advertir que ni siquiera ponen á esa acepción la nota de anticuada: la dan como usual y corriente, ni más ni menos que si ayer tarde todavía le hubieran dicho en la calle á cualquiera de los académicos autores de a extravagante definición, por hacerle un cumplido: «como la señora de usted es tan comerciable...»

## XLV.

Cosas que aprenderá el que acierte á abrir por la página 163 el librote de la Academia.

En primer lugar quedará enterado de que *Cometiente* es el que comete, y con tan extraordinaria adquisición llegará á un punto donde á primera vista le parecerá que los académicos le dicen que *ganar uno la comida con el sudor de su frente*, es lo mismo que *tener horror á la comida*. Después sabrá que la COMIDA «se toma á una ú otra hora del día ó de la noche», lo cual no deja de ser otro descubrimiento, y además le dirán que la COMIDA es el «alimento *principal* que cada día toman *las personas*»; pero esto ya no lo debe creer así de buenas á primeras, porque también se llama comida el alimento *principal* que cada día toman los académicos, sobre cuya personalidad cabe casi la misma duda que la graciosa alumna de *El quinto no matar* tenía sobre la de las tórtolas. Por cierto que es lástima que aquella niña no preguntara tam-

bién á su padrino sobre este punto, verbi-gracia:

Y después, francamente  
Dime si un académico es persona.

Aparte de que también se llama comida el alimento principal de los burros, y éstos indudablemente no son personas todavía.

En seguida aprenderá, si sigue leyendo, que COMIDILLA es «gusto, complacencia especial (lo especial aquí es el disparate) que uno tiene en cosas de su genio ó inclinación». Es verdad que antes de acabar de aprender esto hará por olvidarlo, pues sabe de cierto que COMIDILLA no es sino comida pequeña que se hace entre horas con frecuencia, y más que por necesidad, por gula, y que del gusto con que se hacen estas comidillas ha venido el llamar metafóricamente COMIDILLA á cualquier conversación frecuente y agradable, á cualquier materia de que á uno le gusta hablar á menudo. Porque, es claro, la comidilla nunca puede ser el gusto ni la complacencia, como dicen los académicos en su costumbre de tomar el rábano por las hojas, sino la cosa, la conversación ó el entretenimiento que cause gusto y complacencia.

También aprenderá que *comiente* es el que come, porque los participios activos están en el Diccionario casi todos por separado del verbo á que pertenecen, y en cambio, de los pa-

sivos no hay casi ninguno, sin que se sepa la razón de esta diferencia; aprenderá que *comisar* es «declarar que una cosa ha caído en comiso», aunque esto no se llama así, sino DECOMISAR; que COMISARIA es «la mujer del comisario»; que el comisario de guerra es un «ministro», y que hay un verbo *comiscar*, que significa comer á menudo, aunque no hay tal verbo, pues no se dice *comiscar*, sino COMISQUEAR, como no se dice *lloricar* ni *ventiscar*, sino LLORIQUEAR y VENTISQUEAR.

Volviendo la hoja, echará de menos la palabra COMITÉ, hoy tan usada, y encontrará, en cambio, la de *cómite*, por conde, que nadie usa; aprenderá que COMO significa algunas veces «á fin de que», siendo la causa de este error el no haber entendido los académicos este pasaje. «*Mandamos á nuestros presidentes y oidores que provean COMO por culpa de los letrados no se dilaten las causas*», donde el *como* no significa «á fin de que», sino «de modo que» ó «de la manera de que»; aprenderá que la CÓMODA viene del francés, aun cuando viene del latín, y que es un «mueble *casi* cuadrado...» como son *casi* sabios los académicos; aprenderá que CÓMODO es sustantivo masculino, aunque el *cómodo* sustantivo se escribe con dos emes, y no es castellano, sino latín; echará de menos el verbo COMOLGAR, del latín *cumulare*, y el sustantivo COMOLGO, del latín *cumulus*, palabras castizas, en sustitución de

las cuales han puesto los académicos en otro sitio *cogolmar* y *cogolmo*, que es como dicen los que dicen *estógeno* por ESTÓMAGO; y aprenderá que COMPACIENTE es «el que se comadece», aunque no es tal cosa, sino el que padece con otro ó al mismo tiempo que otro, pues el que se comadece se llama compasivo, y que *compagamiento* es igual que *compage*, y que *compage* no es el que va de paje en compañía de otro, sino «enlace ó trabazón de una cosa con otra», lo mismo que en el Lacio.

Igualmente aprenderá la significación figurada de COMPAGINAR, «ordenar algunas cosas con otras», pero no la natural de ordenar las páginas de un libro, porque esta la omiten los señores; y tras de aprender el disparate de que *estar á compango* es «recibir el criado su manutención en dinero», aprenderá también que hay las palabras *compañero* y *compañera*, lo mismo ahora que antes de la invención de la *eñe*.

Verá luego cómo ponen á la COMPARANZA la nota de anticuada que debieron haber puesto al *comerciable* del otro lunes, y cómo dicen que *compatía* es lo mismo que simpatía, é incluyen la palabra *compatrioto*, creyendo que COMPATRIOTAS sólo se llaman las mujeres. ¡Hay cada *idioto* por el mundo!

Verá también cómo en el artículo dedicado á la COMPETENCIA falta la acepción foren-

se de esta palabra, y cómo COMPINCHE viene «del latín *compingere*», aunque no sea verdad que venga de allí, sino de PINCHE; y se enterará de unas fiestas *compitales* que á nadie le importa saber con qué se comen, y de un *complido* que hacen los académicos á las criadas alcarreñas, reproduciendo con gran *complidura* y no menor *complimento* la *complixión* de sus zafias locuciones, mientras omiten la acepción usual y corriente de la palabra COMPONENDA.

Asimismo aprenderá la maravilla de que COMPORTA es una «especie de canasta más ancha por arriba que por abajo», aunque ni por abajo ni por arriba puede ser tan ancha como la ignorancia de los académicos, que llega hasta no saber que COMPORTA no es más que COMPUERTA. Pero en cambio saben que *composta* es composición; que la COMPOTERA es una «especie de *cuenco* ó *taza*», (lo mismo da); que COMPRADO es «uno de los juegos del hombre», y si bien no saben que COMPRA puede significar la cosa comprada, no dejan de saber, ó si no lo saben por lo menos lo dicen, que *compresbítero* es «compañero de otro en el presbiterato», lo mismo que *conacadémico* tiene que ser compañero de otro en la Academia, aunque no lo diga el Diccionario, ni falta, y *contonto*, compañero de otro en la tontería.

Continuará aprendiendo, si vuelve otra ho-

ja, que la palabra COMPROMISARIO no tiene la significación que la da la ley electoral, significación que no es tan nueva como parece, y tiene, en cambio, otra que la dan los académicos, que no corresponde al compromisario, sino al árbitro ó amigable componedor.

Y ya que de componer se trata, también aprenderá que el adjetivo COMPUESTO no tiene terminación femenina, porque los académicos no han querido dársela, y echará de menos el COMPUESTO HUMANO, de que los señores no dan noticia, quizá porque tampoco la tienen, y aprenderá que COMUNERO, RA, significa, en primer lugar, *agradable* (!), así, *agradable*, con lo cual ya puede echar una flor á la primera señora de académico que encuentre este verano en San Sebastián, diciéndola sencillamente: «¡Ah!, señora, ya se sabe que usted es muy *comunera*.»

Iten: aprenderá que la COMUNA es «trigo mezclado con centeno», lo cual no es verdad, sino majadería, originada de no saber los académicos que el trigo mezclado con centeno se llama MORCAJO, y aprenderá en el mismo artículo una porción de variedades de la COMUNA en el sentido de ALPARCERÍA, que es el principal, no sólo en Asturias, sino en León y en Castilla, variedades que llaman ellos provinciales de Asturias, á pesar de ser de todas partes y de estar basadas en el derecho patrio. Pero como los académicos, por no en-

tender de nada, no suelen tampoco entender de derecho, tienen como cosa puramente provincial de Asturias el que la res dada en comuña ó á medias, si perece, perezca para el dueño, como si no existiera el conocidísimo axioma jurídico de *res perit domino*.

Aprenderá asimismo, después de pasar por una definición del CONCEJO muy mala, donde se omiten varios refranes como el de «en el lugar de poco seso todos los días hay CONCEJO», aprenderá que CONCERTACIÓN es contienda y disputa, cuando es precisamente lo contrario; que *concia* es «parte vedada de un monte, sin decir de dónde es provincial, porque regularmente no será más que de la Academia, á la cual no la está vedada una parte del monte del saber, sino todo el monte. Por eso en el artículo CONCIENCIA falta, entre otras frases, la de FORMAR CONCIENCIA, y en el artículo CONCILIACIÓN falta el acto judicial de este nombre, y en el artículo CONCILIO falta el diocesano. Pero hay, en cambio, una *concinidad*, que es la «calidad de *concinos*», y hay un *concinio*, que no es nada, en castellano al menos, y una *conción*, y un *concionador*, y un *concionante*, y un *concofrade*, que es tan albarda sobre albarda como si se dijera *concompañero*, y un *condesar*, y un *condido*, y un *condidor*, y un *condir* y otro *condir*, como si no sobrara con uno, y un *conectar*, y un *confalonier*, y un *conficiente*, y una *conficción*, y un *confin-*

gir (incorporar), y una *conflación*, y un *confugio*, y un *confuir*, y un *congio*, y un *conhorte*, y una *coniecha* y otras mil tonterías así, ocupando el sitio que debiera ocupar, por ejemplo, el CONCUSCENTE, que falta.

Amén de todo esto, y de una definición de la CONDENA, muy condenada, y de aquello otro de la *condestablesa*, que diz que es la mujer del condestable, todavía aprenderá quien tenga valor para seguir leyendo, que la CONDUCTA es en primer lugar *urecua ó carros* que llevan la moneda que se trasporta (¿á sí misma?) de una parte á otra, y *con especialidad la que se conduce á la corte*, como si el punto á donde se conduzca la moneda tuviera mucho que ver con que los bagajes se llamen ó no se llamen conducta, y aprenderá que CONDUCTO es «canal comúnmente *cubierto* (después de haber aprendido que canal es femenino), para dar salida á las aguas y *otras cosas*».

¿Qué cosas serán estas?—El que quiera aprender esto también, que tome primero ciertas precauciones y se lo pregunte después á los académicos.

## XLVI.

—Diga usted, señora—preguntaba un baturro á una portera—¿me hace usted el favor de *icirme* cuál es la casa de enfrente?

—Allí la tiene usted—le contestó la portera señalándole un portal en la acera del otro lado.

—¡Otra! ¡Pus si he *preguntao* allí y me han dicho que era aquí!...

Lo mismo les pasa á los académicos y lo mismo discurren que el baturro. Se encuentran con la palabra CONEJO, y dicen: «Animal cuadrúpedo, *especie de liebre...*» marchándose, como se ve, para la otra acera. Llegan á ella, llegan á la LIEBRE y vuelven á decir: «Cuadrúpedo... *algo semejante al conejo...*» Y así andan calabaceando de una acera á la otra, sin acertar jamás con la casa de enfrente, ó sea con la definición oportuna.

Y luego tienen unos caprichos, y se entregan á ellos tan por entero, que todo en el libro resulta irracional y puramente capricho-

so. Así, por ejemplo, ponen la palabra *confundiente* diciendo que es participio activo anticuado de confundir, y no ponen confundente, que es el participio no anticuado, y eso que los participios activos los ponen casi todos, á lo menos todos los que no se usan. Al verbo CONGELAR le ponen de escolta seis individuos de su familia, cinco de vanguardia, que son: CONGELABLE, CONGELACIÓN, CONGELADOR, CONGELAMIENTO, CONGELANTE, y uno de retaguardia, CONGELATIVO, y en cambio inmediatamente antes han puesto el verbo CONFUTAR, sin más familia que la CONFUTACIÓN que le precede. ¿Qué razón hay, pregunto yo, para no haber puesto también CONFUTABLE, CONFUTADOR, CONFUTAMIENTO, CONFUTANTE y CONFUTATIVO? ¿No son estas palabras tan legítimas como las otras?

Casi lo mismo le pasa al verbo REFUTAR, análogo á este de confutar, y mucho más usado, pues tampoco le conceden la familia que han dado á congelar, no poniendo ni REFUTABLE, ni REFUTADOR, ni REFUTAMIENTO, ni REFUTANTE, ni REFUTATIVO; pero le ponen, á más de la REFUTACIÓN, el REFUTATORIO. ¿Y por qué no les han puesto también este adjetivo á los otros dos verbos? ¿No se dirá lo mismo que REFUTATORIO, CONFUTATORIO y CONGELATORIO?... Pues todo el Diccionario está lleno de estos caprichos, que, pormás que los académicos digan, no se los

han enseñado las cabras, mucho más metódicas en sus cosas y más formales que ellos.

Capricho es también poner *conjugado* y *conjugal*, diciendo que son lo mismo que CONYUGADO y CONYUGAL. ¿Qué han de ser lo mismo? ¿Acaso JUGO es lo mismo que YUGO? La jota en latín se pronuncia suave, como pronunciamos nosotros la *y* griega, con la cual la hemos sustituido en las palabras de pronunciación suave; pero en castellano se pronuncia fuerte y es jota. ¿Y por qué en la definición de CONJUNTO, TA, omiten la acepción de esposos, que es la más usada? Decía Villabril en un epigrama:

«Pronto y como receloso,  
volviéndose á su CONJUNTA,  
hizo aquél esta pregunta:  
¿tiene bula vuestro esposo?»

Mas como cosa de gusto, la definición del CONOIDE. Ahí va, porque merece conservarse, «CONOIDE, m. *geom.* Sólido parecido al cono: que tiene por base una elipse en vez de un círculo, y cuya superficie *piramidal* (!) *termina en punta*. ¡Ingenieros, profesores de ciencias exactas, alumnos de escuelas especiales, enteraos bien! ¡Para esto subvenciona el Estado á la Academia: para que nos ponga en ridículo á los ojos del mundo, enseñando, entre otros *piramidales* desatinos, que la su-

*perficie piramidal* del conoide termina en punta!

Cualquiera cosa buena se puede apostar á que ninguno de los lectores sabe lo que es *conreo*, pues á lo que más se parece es á reo con otro, y esto se suele decir *co-reo*; sin embargo, los académicos saben que *conreo* es «beneficio ó merced», así como saben también, ó por lo menos dicen, que *consejil* es «mujer pública.»

De la *CONSERVA* dicen que es «fruta hervida...» en vez de decir cocida, porque los sólidos no hierven. En el artículo de *CONSERVADOR* falta el partido político así llamado. Vale Dios que ya le pondrán cuando haya desaparecido ó se llame de otra manera. ¿Y en qué cabeza les cabrá á esos hombres que *CONSPIRADO* y *CONSPIRADOR* es todo uno? En la misma de donde sacaron el verbo *consuegrar*, del que dicen con mucha metafísica que es «hacerse un padre ó una madre consuegro ó consuegra de otro padre ó madre». ¡Cuánta palabra inútil, comenzando por la definida! ¿De dónde es provincial eso? ¿De donde el *carñerear* de antaño?

*CONSUMADO*, *DA*, dicen los señores académicos que es «perfecto en su línea». ¿Y sino tiene línea, como ellos, que no siguen ninguna?... ¿No se podrá por eso decir de ellos que son majaderos consumados? Y todavía es mejor lo que sigue después de las consabidas

dos rayitas, que quieren decir: *CONSUMADO*, *DA*, en otra acepción. Veán ustedes: «Caldo que se hace de ternera, pollo y otras carnes», por ejemplo, la de académico ó la de perro, ó la de membrillo, «sacando toda la sustancia de ellas, para lo cual ordinariamente se cuecen en baño de María». Y además, «u. m. en pl.», que quiere decir «úsase más en plural», lo que no es cierto, porque ni en plural ni en singular se usa.

Es verdad que una cosa así se llama *consummé* en francés, pero ¿quién les ha dicho á los académicos que eso se traduce, y que se traduce *consumados*? Ahora me explico que corran por ahí traducciones de novelas, cuya escena pasa en París, hablándonos del *Punto Redondo* (1) y del *Castillo del Agua* (2), ó diciendo aquello otro de *la pequeña hija elevó sus pequeños brazos al cuello de su gran papá y se metió á correr por el sable* (3). Habiendo académicos que llaman *consumados* á las sopas, tiene que haber traducciones de estas.

Y tiene que haber además *consumiente*, y *conta*, y *contal*, y *contecer*, y *contenente*, y *contía*, y *conticinio*, etc.

En la página 273 definen una cosa que llaman *condrin* diciendo que es «peso de meta-

(1) *Rond-Point*.

(2) *Chateau d'Eau*.

(3) *La petite fille levá ses petits bras au cou de son grand pere, et se mit á courir par le sable.*

les preciosos que se usa en Filipinas, décima parte del *mas* (?), igual á 7 granos del marco de Castilla y 347 milésimas», y añadiendo que «su equivalencia métrica es 37 centigramos y 68 miligramos». Hay que advertir que el *mas* es otro peso también filipino, del que dicen que es «décima parte del *tae*», y que es «igual á 73 *gramos* del marco de Castilla», gramos que deben ser granos, sin que en la tabla correspondiente aparezca salvada la errata.

Pero el caso es que en la página 288 ponen con el nombre de *contrin* otro «peso usado en Filipinas equivalente á 39 centigramos». Y aquí entran mis dudas. ¿Es posible que haya tal abundancia de pesos en Filipinas que teniendo uno llamado *condrin* de 37 centigramos y dos tercios próximamente, tengan otro llamado *contrin*, de 39 centigramos, es decir, de un centígramo y un tercio de centígramo más? Lo probable es que estos pesos sean uno solo, definido por los académicos dos veces de distinta manera... ó que no sea ninguno.

De gente que dice que la CONVERSACIÓN es «trato ilícito» todo puede temerse. Todo, hasta que llamen al que conjetura *conyector*, y no pongan la palabra CÓNYUGE más que en plural, *conyuges*, como si no tuviera singular, añadiendo sólo por vía de concesión que «alguna vez se usa en singular *por uno de los*

dos *consortes*», cuando en singular es como más se usa. ¿No se dice á cada paso Fulana y su CÓNYUGE? ¿No ha sido el Sr. Cánovas durante su viudez el CÓNYUGE supervivente? ¿Y no es probable que, habiéndose vuelto á casar, llegue á ser el CÓNYUGE premortuo? Verdad es que estos dos adjetivos traídos del latín, PREMORTUO y SUPERVIVENTE, faltan en el Diccionario, pero faltan precisamente porque se usan en el Derecho; si no se usaran, ni sirvieran, ni los conociera nadie, como el *conticinio*, no faltarían, de seguro.

Y dicen los académicos de la COPA: «Vaso con pie para beber»; donde parece que lo que sirve para beber es el pie, y no el vaso. Pero también hablan luego de una *copela*, que dicen que es «vaso en figura de copa sin pie», y acabando, como acaban de decirnos, que es esencial de la copa el tener pie, que es lo único que la hace no ser vaso, si la *copela* no tiene pie, no se sabe cómo puede tener *figura de copa*. Y aún falta lo mejor, y es que este «vaso en figura de copa sin pie», ó vaso en figura de copa que no es copa, está «formado de huesos calcinados...» ¡Ave María Purísima!

Al final del artículo dedicado á la palabra COPIA dicen que «haber ó tener uno *copia de confesor*» es «entre moralistas, encontrarle cuando se le necesita.» ¡Buenos moralistas están los académicos!... Con dos erres...

Más adelante omiten la CORAJINA, aquella



que tuvieron contra mí el año pasado porque les decía las verdades (1) y tienen todavía este año porque se las sigo diciendo. En el artículo del CORAZÓN falta la frase «cubrírsele á uno el corazón de agua», en lugar de la cual sólo ponen «cubrírsele á uno el corazón». Y en el artículo del CORO falta la definición del NIÑO DE CORO (que tampoco está en la palabra NIÑO), sin duda porque los académicos no conocen el nombre ni el significado, aunque le conoce todo el mundo; y precisamente D. Ramón de Campoamor, que es académico, aunque sólo de nombre por fortuna, ha escrito recientemente en su *Licenciado Torralba* estos versos:

«Echa hacia atrás su cabellera de oro,  
Para hacer un saludo  
Á aquel NIÑO DE CORO  
Grueso, blanco, sin barba y mofletudo.» (2)

Dicen luego que *correntón* es «muy introdu-

(1) Aludo á la época aquella memorable de las tres salidas y trescientas mil aventuras desgraciadas de D. Manuel Silveira, con todo el tejemaneje de la Academia y de sus auxiliares y testaferrós, Comelerán, Paz Bueso y Alvarez Sereix, empeñados en ahogar esta crítica. Hoy los académicos no me aborrecen menos que entonces, pero se han echado ya con la carga, y ni siquiera intentan defenderse.

(2) Cito la autoridad de Campoamor porque es académico vivo, y esta circunstancia agrava el pecado de la indocta incorporación, pero pudiera citar otras muchas.

El Rdo. P. M. Fray Enrique Florez, dice en el tomo XXVI de su *España Sagrada*: «Y se pusieron en ella (en la catedral) cuatro dignidades... un cantor, un organista, cuatro NIÑOS DE CORO...» etc.

*cido*, festivo y chancero.» ¿Introducido?... ¿Dónde?

También en el artículo de CORRER omiten la frase *correr la escuela*, ó el estudio, ó la cátedra, y también disparatan en la definición del CORZO, diciendo que tiene los cuernos pequeños, y otras cosas así. Pero todo esto es pálido junto al artículo del COTO, en donde dicen: «Pez más pequeño que la rana pescadora», y añaden que se cría en los ríos debajo de las piedras, cosa por cierto más natural que no que se criara en las administraciones de loterías. Yo no sé si realmente habrá un pez que en alguna parte se llame *coto*; pero vamos, que eso de definir un pez, exista ó no exista, diciendo que es más pequeño que una rana, me parece que imprime carácter. De la falta completa de semejanza entre los dos bichos ha nacido la frase de *salga pez ó salga rana*, y los académicos no encuentran mejor cosa que una rana para dar idea de un pez. Así hacen ellos el Diccionario, á *salga pez ó salga rana*, y sale barbaridad casi siempre.

XLVII.

Después de aquel famoso «pez más pequeño que una rana», al que llamaban *coto* los académicos, hablan de un *cotobelo*, y dicen que es la «apertura de la vuelta de la cama del freno»; como si el freno tuviera *cama* y pasara la mayor parte del tiempo durmiendo, igual que un académico cualquiera, de esos que no saben que las barretas inferiores del freno se llaman *CAMBAS* porque antes solían ser curvas como las *cambas*, y que llamarlas *camas* no es más que una estupidez académica.

En seguida ponen un *cotofre*, que dicen que es un «vaso para beber», por el cual sin duda beberán ellos el *colonche* ó algún otro licor así. Entretiéndose luego con el *cotón*, la *cotona* y la *cotonada*, palabras todas más ó menos francesas, pero completamente inútiles; siendo lo más gracioso del caso que, después de definir la *cotonada* diciendo que es «tela de algodón (naturalmente!) con fondo liso y flores como de realce, *aunque tejidas...*» etcétera, añaden muy formales que «la hay

también de lino». Sí la habrá, si ustedes quieren, pero no se llamará *cotonada*, sino *linada* ó alguna otra cosa por el estilo; porque eso de que haya *cotonada*, es decir traduciendo la palabra francesa *algodonada* de *lino*, viene á ser igual que si hubiera *merino* de  *seda*  ó *cañamazo* de *lana*.

Se encuentran luego con la COTORRA, y el etimologista pregunta: «¿voz onomatopéyica?» ¡Pues claro! ¿No la está usted oyendo decir todo el día de Dios *cotorr, cotorr...* menos cuando dice *inocente*? ¡Qué perspicacia! En cambio, los definidores, por no preguntar, nos dicen raso por corriente que la cotorra es un «papagayo pequeño», acaso para que cuando hagan un Diccionario las cotorras nos digan, al definir la burra, que es un académico grande. Y lo mejor es que un poco más abajo ponen la palabra *cotorrera*, y en lugar de decir que es la que vende cotorras, ó la aficionada á las cotorras ó á COTORREAR (palabra que falta), ó la reunión de cotorras, dicen que es la «hembra del papagayo». ¡Al diablo, que lo entienda!... La *cotorra* es el *papagayo pequeño* y la *cotorrera* es la *hembra del papagayo*: de suerte que, cuando este es pequeño, como el papagayo pequeño se llama cotorra, la *cotorrera* es la hembra de la *cotorra*. ¡Vamos! ¡Ni las filosofías de Ortí Lara, cuando pretende disculpar sus apostasías políticas!

Del COTURNO dicen los eruditos académi-

cos que es ó era «*especie* de calzado á la heróica, de que usaban los *antiguos* y de que se servían también los *actores*». Así, como si los *antiguos* y los *actores* fueran entidades opuestas; como si los actores no pudieran ser antiguos ó los antiguos no pudieran haber sido actores. Pero lo más salado de la definición consiste en dejar al lector en ayunas de lo que era el COTURNO; porque, prescindiendo de aquella *especie*, que es la especie con que de ordinario sazonan los académicos sus desgraciadas definiciones, no le dicen sino que es un calzado á la heróica que usaban los antiguos... y allá te las arregles como puedas para aprender cómo era aquel calzado.

Verdad es que en trueque de esa noticia, que se reservan, le dan al lector otra más rara é importante: la de que COYA es «mujer del emperador», y además «señora soberana ó princesa, entre los antiguos peruanos». No se sabe aquí si esto de *entre los antiguos peruanos* afecta á las dos definiciones ó sólo á la última; pero no importa, porque una y otra son igualmente falsas. Los COYAS no son princesas ni emperatrices, sino curanderos bolivianos, muy desinteresados y afables, que, con su poncho de vicuña, que ellos mismos tejen, y un zurrón con yerbas medicinales á la espalda, van por los campos ejerciendo su profesión caritativa.

Después llaman los académicos *coyote* á una «especie de lobo que se cría en Méjico de color gris», no Méjico, sino el lobo, y llaman COYUNDA á una «correa fuerte y ancha con que se uncen los bueyes», á la cual han dado antes el nombre de CORNAL, que es el propio.

Entre las definiciones de *coz* las hay buenas, como, por ejemplo, la que dice: «Retroseso del agua...» ¡Vaya, que suponer que da coces el agua!... ¡Como si el agua fuera alguna especie de académico!

Y *crabrón*, ¿qué dirán ustedes que es, después que acierten á pronunciarlo?... Pues no es más que una «especie de avispa de color pardo rojizo, sin manchas en la parte anterior del pecho, y con dos puntos negros...» ¡Lo que saben estos hombres!... Porque aún añaden que «es enemiga de las abejas y habita en las concavidades de los árboles».

Pero aquí se les agotó ya la sabiduría hasta el extremo de decir un poco más adelante, que «secársele á uno el cráneo» significa «volverse loco». ¡Quiá, hombres, quiá! Todo lo contrario. Eso, en lugar de secarse, es mojar-se, ó hacerse los sesos agua. Si tener el cráneo seco fuera volverse loco, la mayor parte de los académicos lo estarían ya, y sin embargo, ni lo están ni tienen semejante peligro. Y eso que estoy por apostar á que no han comido en toda su vida *craquelenque*, esa «especie de panecillo», que ellos dicen.

*Cras*, mañana, es latín puro, y *crascitar*, *croccitar* y *croscitar*, son tres voces distintas, sin ninguna significación verdadera; porque el «graznar del cuervo» se llama *graznar*, ó *cuarrear*, ó *guarrear*, y no de aquellos otros modos.

Así como CRASO, aunque esté «unido con los sustantivos error, ignorancia», etc., no significa *indisculpable*. Significa grueso, gordo, etc. Puede un error ser tan craso como, verbigracia, el error académico de la superficie piramidal del conoide, y, sin embargo, ser disculpable, como lo son todos los académicos errores; que todos se pueden disculpar por aquellos aforismos latinos de *nemo dat quod non habet*, y *ad impossibile nemo tenetur*, que valen tanto como el consejo castellano de no pedir peras al olmo.

Lo de que CRÁTER sea «boca en forma de embudo por la cual *respiran* los volcanes arrojando humo, ceniza, lava y otras materias», por ejemplo, huevos hilados, no está del todo mal; y lo de que *crea* sea «cierto lienzo entrefino», está bien para el que lo crea. Pero ¿querán ustedes creer que tampoco saben los académicos definir el CREDO?... Pues que lo crean ustedes ó que lo dejen de creer, es así. «CREDO, dicen, símbolo de la fe ordenado por los Apóstoles, en el cual se contienen los principales artículos de ella». Este es el símbolo apostólico; pero ¿y el otro, el nicenocons-

tantinopolitano, el que se canta en la Misa? ¿Acaso no se llama CREDO? ¿Acaso le ordenaron también los Apóstoles? Es imposible que haya gente más atrasada de noticias.

En lo que importa: por eso no saben que el verbo CRECER tiene aplicación á las cosas inmateriales, pudiendo muy bien decirse que «CRECE *el amor*», ni saben que es también reflexivo, y se dice «CRECERSE *al hierro*»; pero si en lo que importa no están al corriente, en tratándose de paparruchas saben más que el diantre. Hasta saben que *cresta* es «en algunas partes semilla de la reina de las aves», de aquella que dijeron en otra ocasión que bastaba para más de mil machos. Y hablan en seguida de un *crespín*, aunque sólo dicen que es «especie de adorno mujeril, usado antiguamente»; y dicen que el CRESPÓN es una especie de gasa...

Lo que en toda la plana dicen menos mal, es aquello de que «*alzar uno la cresta*», como quiso hacer D. Manuel Silvela en su tiempo, es «mostrar soberbia». Por eso cuando andaba yo á vueltas con él para hacérsela bajar, cantaba la *docta corporación* desde su casa:

Todos los picotazos  
Van á la cresta...  
¡Quiera Dios que mi gallo  
Salga bien de esta!

Y no salió muy bien, que digamos.

Pero esto es ya cosa pasada. Al presente, después de decirnos los señores que CRIADILLA es un «panecillo que pesa un cuarterón», panecillo que sin duda se llamará así en el comedor de algún académico aficionado á poner á las cosas motes verdes, véase con cuántos primores definen la criadilla de tierra: «Especie de hongo (la especie no podía faltar) sin raíz (?), globoso, sólido, negruzco y con *puntitas* por defuera; blanquecino ó pardo rojizo y *algo oloroso* por adentro. Se cría debajo de la tierra, y, guisado, es muy sabroso». Bueno. Buen provecho. Pero suponiendo que todo eso sea verdad, ¿cómo se entiende lo de *sólido por defuera*? De un catedrático progresista de medicina, que aún vive... y bebe, se cuenta que decía á sus discípulos tratando de describirles una sonda: «Esto, como ustedes ven, es una sonda; la sonda, como ustedes ven, es un *tubo hueco* (!) *por dentro* (!!!).» ¿Se habrán propuesto los académicos hacer competencia á la explicación de aquel catedrático?

La verdad es que después de lo *huevo por dentro*, lo sólido por fuera estaba haciendo mucha falta. Y cuidado que no se puede entender de otro modo, porque dice: «Globoso, sólido, negruzco y con *puntitas* por defuera». Si el *por defuera* afectara sólo al último miembro, las *puntitas*, pase; pero como se ve que afecta también al *negruzco*, puesto que para adentro se le señalan otros colores, afectando

al negruzco, tiene que afectar también al *sólido* y al *globoso*.

*Crida* y *cridar* no son palabras castellanas, ni latinas, ni siquiera italianas; porque en italiano se dice *grida* y *gridare*, y en castellano GRITA y GRITAR, todo del latín *quiritare*, aunque los académicos y el etimologista no lo sepan: solamente en el bajo latín se dijo *cri-dare* y *crida*, y de allí querrían estos señores traerlo al bajo castellano, es decir, al castellano académico.

*Crimmo* será «harina gruesa», todo lo gruesa que los académicos quieran, pero más traza que de harina tiene de desatino, y en cuanto á que de esa harina se hagan las *puches*... ya les he dicho á los académicos que las *puches* no son *puches*, sino PUCHAS, á no ser allá donde las vacas son *vaques*, y las mozas, *moces*.

¿Y por qué ha de ser *crinado* solamente el que tiene largo el cabello? ¿Porque á Apolo se lo llamó Herrera? (1) ¿No se podrá con más propiedad llamar crinado á un potro, aunque no tiene cabello ni corto ni largo? ¿Y por qué ha de ser criollo «el hijo de padres europeos nacido en cualquiera otra parte del mundo»? ¿Es criollo el hijo de españoles nacido en Ceuta ó en Melilla?

(1)

En el sereno polo  
Con la suave cítara presente  
Cantó el *crinado* Apolo...  
(Oda á Don Juan de Austria.)

## XLVIII.

Atención, que van los académicos á definir la CRIPTA, y dicen: «Lugar subterráneo en que se *acostumbraba* enterrar á los muertos». Es claro; á los muertos había de ser, porque á los vivos hasta ahora no ha sido costumbre enterrarlos. Mas aparte de esto, ¿de dónde sacan los académicos que las criptas, que no son lugares subterráneos cualesquiera, sino los subterráneos de los templos, se hicieran para enterrar, y que desde que cesó aquella costumbre ya no haya criptas? En algún tiempo, en recuerdo de las catacumbas, se solían depositar en las criptas los cuerpos de los santos, pero ni las criptas se hacían para eso, ni dejaron de existir porque concluyera aquella costumbre. ¿No ha visto ningún académico la cripta de Nuestra Señora de Lourdes, ó, sin ir tan lejos, la cripta en construcción de Nuestra Señora de la Almudena?

Tampoco habrán visto ninguna CRISIS MINISTERIAL, ni habrán oído hablar de ella, cuando al definir la palabra CRISIS omiten por completo esta acepción, que es la más